

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Aliadófilos" y "germanófilos": los intelectuales argentinos ante la Primera Guerra Mundial.

Tato, María Inés (UBA / CONICET).

Cita:

Tato, María Inés (UBA / CONICET). (2007). *Aliadófilos" y "germanófilos": los intelectuales argentinos ante la Primera Guerra Mundial. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/325>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 19 - 22 de Septiembre de 2007

Título: “Aliadófilos” y “germanófilos”: los intelectuales argentinos ante la Primera Guerra Mundial

Mesa Temática Abierta: n° 39 – Historia de los Intelectuales en América Latina

Universidad, Facultad y Dependencia: CONICET / Universidad de Buenos Aires, Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani

Autora: Tato, María Inés. Docente investigadora. Sánchez de Loria 1375 – (C1241ACA) Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tel. (011) 4931-1840 E-mail: mitato@fibertel.com.ar ; minestato@gmail.com

Introducción

El estallido y el desarrollo de la Primera Guerra Mundial suscitaron un agudo interés en la sociedad argentina, proverbial receptora de inmigración europea y unida al Viejo Continente por tradicionales lazos históricos, culturales y económicos. La preocupación por la guerra desencadenó un notable activismo social. Fueron frecuentes los mítines pacifistas, la realización de actividades de caridad organizadas por la Cruz Roja Argentina y por particulares y el enrolamiento de numerosos voluntarios argentinos en los ejércitos aliados, especialmente en el francés.¹ Por otra parte, las diferentes colectividades de inmigrantes procedentes de los países beligerantes fueron las primeras en movilizarse, a instancias de sus gobiernos y/o de manera espontánea, desarrollando activas tareas para recaudar fondos para auxiliar a los reservistas y a sus familias y para suscribir los empréstitos patrióticos lanzados por sus gobiernos.

Sin embargo, la militancia concreta en favor de uno u otro bando por lo general se agudizó a partir de 1917, cuando la conflagración europea repercutió más cercanamente sobre la política local. La opinión pública tomó una posición más definida frente al conflicto, polarizándose entre los partidarios de los Aliados -proclives a la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania- y los partidarios del mantenimiento de una estricta neutralidad, posición adoptada por el gobierno argentino. Este

¹ Las actividades solidarias en beneficio de los ejércitos beligerantes y/o de las víctimas de la guerra pueden rastrearse cotidianamente en la prensa periódica. Acerca de los voluntarios argentinos en los ejércitos aliados, véase Alejandro Sux, *Los voluntarios de la libertad. Contribución de los latino-americanos a la causa de los Aliados*, París, Ediciones Literarias, 1918.

posicionamiento se tradujo en el tejido de una densa trama asociativa específicamente destinada a movilizar las energías de la sociedad en favor de su respectivo bando. Fueron partícipes de ella estudiantes, trabajadores, comerciantes, asociaciones barriales, políticos e intelectuales.

Este trabajo se propone analizar el surgimiento y las actividades de dos entidades creadas en coyunturas precisas de la contienda que nuclearon a los intelectuales en función de su posición frente al conflicto. Los partidarios de la neutralidad se encuadraron en la Liga Patriótica Argentina pro Neutralidad, en tanto los simpatizantes de los Aliados lo hicieron en el Comité Nacional de la Juventud. Estas asociaciones buscaron coordinar y orientar las actividades espontáneas acometidas por las variadas expresiones del activismo social antes mencionadas, por lo que exhibieron un aspecto variopinto. Sin embargo, los intelectuales asumieron en ellas “*tanto la responsabilidad moral como el derecho colectivo a intervenir directamente en el debate cívico*” inherentes a su autopercepción como fuentes de autoridad en función de su relación con el conocimiento.²

Los defensores de una neutralidad cuestionada

Tanto Victorino de la Plaza, presidente de la Nación al momento del desencadenamiento de la Gran Guerra, como su sucesor, Hipólito Yrigoyen, adoptaron y mantuvieron una política neutralista frente al conflicto, que continuaba con la tradición diplomática argentina.³ Pero aunque tempranamente los intelectuales se posicionaron frente a la guerra en función de sus simpatías por uno u otro bando,⁴ en la opinión pública no se generaron identidades políticas definitivas ni ásperos debates hasta abril de 1917.

En febrero de ese año, los Estados Unidos decidieron romper relaciones diplomáticas con Alemania en respuesta a los efectos de la guerra submarina sin restricciones declarada por ese país, que perjudicaba al comercio norteamericano, preludio de la declaración de guerra a ese Estado. Las presiones diplomáticas sobre el

² Carlos Altamirano, “Intelectuales”, en *Términos críticos de sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós, 2002, p. 148.

³ Acerca de esta cuestión, consúltese Juan Archibaldo Lanús, *Aquel apogeo. Política internacional argentina, 1910-1939*, Buenos Aires, Emecé, 2001.

⁴ Con relación a este punto, véase Tulio Halperin Donghi, “Ecos de la guerra”, en *Estudio Preliminar de Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 2000.

gobierno argentino para que adoptara el mismo temperamento se hicieron sentir cada vez con más fuerza. No obstante, la política exterior del gobierno se ubicó en el centro de la discusión pública a partir de abril de 1917, a raíz de un episodio bélico de gravedad: el hundimiento de varias naves de bandera argentina por submarinos alemanes.⁵ Por entonces comenzaron a levantarse algunas voces cuestionadoras del mantenimiento de la neutralidad, que demandaron del gobierno una actitud más enérgica.⁶

En ese marco hizo su aparición la Liga Patriótica Argentina pro Neutralidad, que aspiraba a tener un carácter permanente y a formar una confederación argentina para “*el sostenimiento de una neutralidad activa*”. La Liga recabó prontamente adhesiones de numerosas organizaciones neutralistas que empezaban a formarse y a operar en diversos puntos del país, con las que mantuvo relaciones fluidas, que en ocasiones derivaron en su absorción por esta suerte de “entidad paraguas” o bien en la participación de delegados recíprocos en las manifestaciones organizadas en la ciudad de Buenos Aires y en el interior del país. En el caso porteño, la Liga se apoyó, entre otras, en organizaciones de trabajadores ferroviarios, de portuarios y de empleados de Correos y Telégrafos, evidenciando en ese aspecto un vínculo estrecho con el partido gobernante: los dos primeros respondían a la FORA IX, que cultivó buenas relaciones con el radicalismo, en tanto los últimos revistaban en una repartición característica por su uso clientelar por parte del oficialismo.⁷ Asimismo, buena parte de la movilización neutralista de la que se nutrió la Liga se efectivizó a través de instituciones barriales, como las bibliotecas populares, los clubes, los centros recreativos y otras muestras del

⁵ El 4 de abril era hundido el buque “Monte Protegido”; el 6 de junio, el “Oriana”, y el 22 de junio el “Toro”.

⁶ Tal fue el caso del multitudinario mitin realizado en el célebre Frontón de Buenos Aires el 22 de abril de 1917, del que tomaron parte notables figuras públicas que meses después se vincularían al Comité Nacional de la Juventud. Entre las personalidades convocantes se contaron Francisco A. Barroetaveña, Alfredo L. Palacios, Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas y Carlos de Soussens (*La Argentina ante la guerra*, Buenos Aires, Otero & Co., 1917, pp. 6 y 7). Según algunos cálculos, en esa oportunidad habrían asistido alrededor de 20.000 personas, buena parte de las cuales siguieron las alternativas del acto desde el exterior del colmado local (“La situación internacional. La gran manifestación de ayer”, en *La Mañana*, 23/04/1917).

⁷ Ricardo Falcón y Alejandra Monserrat, “Estado, empresas, trabajadores y sindicatos”, y Ana V. Persello, “Los gobiernos radicales. Debate institucional y práctica política”, en R. Falcón, (dir.) *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Nueva Historia Argentina, tomo VI, Sudamericana, Buenos Aires, 2000.

asociacionismo característico del período,⁸ instituciones que venían funcionando como ámbitos de socialización política y en muchos casos como primera experiencia de participación ciudadana, que en el contexto de 1917 adquiriría un alcance más vasto.⁹ En ocasiones, esa movilización social también se imbricó con la esfera formal de la ciudadanía, apoyándose en las redes sociales y de lealtad política que los punteros radicales estaban empezando a forjar localmente en torno de los comités y también en los centros socialistas que disentían con el rupturismo propuesto por la bancada parlamentaria de su partido.

El Comité Ejecutivo de la Liga estaba formado, entre otros, por José M. Penna, Ernesto Quesada, Gregorio Aráoz Alfaro, el senador nacional Carlos Zabala, Alfredo Colmo, Juan P. Ramos, Calixto Oyuela, Manuel Mora y Araujo, Melitón Camaño, Carlos Meyer Pellegrini, Ernesto Vergara Biedma, Dardo Corvalán Mendilaharsu, Belisario Roldán, el diputado nacional José Néstor Lencinas, José Monner Sans, Juan Carlos Tornquist, Julio A. Quesada, Coriolano Alberini, José M. Arias Uriburu y Carlos Indalecio Gómez.¹⁰

Como puede apreciarse, la entidad congregaba a personalidades de diversa orientación política, desde radicales hasta conservadores, y de diversa inserción social, desde poetas hasta médicos y empresarios. Esta heterogeneidad da cuenta de la complejidad interna del campo neutralista. Bajo el rótulo de “*germanófilos*” que les endilgaban sus opositores, convivían auténticos devotos de Alemania, identificados con sus valores e intereses, con aquellos cuya adhesión a la neutralidad radicaba en su convicción de que significaba para la Argentina una posición independiente en el concierto internacional, favorecía el desarrollo de los intereses comerciales del país, correspondía al sostenimiento del internacionalismo clasista o bien se ajustaba al ecumenismo y al pacifismo cristiano.

Un notable exponente de esta corriente fue Ernesto Quesada. Por entonces Profesor de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras y Académico de la Facultad

⁸ Hilda Sabato, “1860-1920. Estado y sociedad civil”, en Roberto Di Stefano - Hilda Sabato - Luis Alberto Romero - José Luis Moreno, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina*, Buenos Aires, Gadis, 2002.

⁹ Leandro H. Gutiérrez – Luis Alberto Romero, “La construcción de la ciudadanía, 1912-1955”, en *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

¹⁰ “Asuntos internacionales”, en *La Prensa*, 01/10/1917.

de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Profesor de Economía Política de la Universidad de La Plata, Fiscal de Cámara, Director de la Academia Argentina de la Lengua y correspondiente de la Real Academia Española, su formación intelectual europea, moldeada a la par de la carrera diplomática de su padre, Vicente Quesada, evidenció una profunda impronta de la cultura alemana.¹¹ En ese sentido, sus intervenciones acerca de la guerra destilaron su intensa admiración por el Estado y por la sociedad alemanes, expresada especialmente en su trabajo *La actual civilización germánica y la presente guerra*. Publicado originalmente en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* – dirigida por Estanislao Zeballos, también sindicado por los partidarios de los Aliados como germanófilo -, a apenas un mes del estallido de la contienda, se publicó poco después en formato de libro.

En él, Quesada repasaba con su habitualmente abrumadora erudición los logros alemanes en diversas ramas del quehacer cultural y económico: la educación, las ciencias, las artes, la agricultura, la industria, las finanzas, las comunicaciones, la seguridad social. El panorama así trazado le servía a su autor para desmentir las antinomias levantadas por los detractores del Imperio Alemán, especialmente por la prensa: “*se llegaba hasta pretender sintetizar el conflicto en una antítesis entre civilización y barbarie, liberalismo y despotismo, progreso y atraso*”.¹² Si el progreso cultural y económico alemán quedaba ampliamente comprobado por los abundantes datos cuantitativos proporcionados por el texto, la falsa dicotomía también se desvanecía en el plano político y cultural:

“Alemania tiene instituciones tan democráticas cual las inglesas y norteamericanas (...) Pretender que de una parte está la libertad y de la otra la autocracia, es olvidar que la coalición comprende al imperio moscovita, encarnación misma de la autocracia, mientras que las naciones germánicas son monarquías constitucionales, como lo es la Inglaterra (...) es realmente abusar de los

¹¹ Para una semblanza de Quesada y su formación intelectual, consúltese Oscar Terán, “Ernesto Quesada: sociología y modernidad”, en *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000. Sobre su relación con la cultura alemana, véase Thomas Duve, “El contexto alemán del pensamiento de Ernesto Quesada”, en *Revista de Historia del Derecho* n° 30, 2002.

¹² Ernesto Quesada, *La actual civilización germánica y la presente guerra*, Buenos Aires, s/e., 1914, p. 5.

términos, como lo es sostener que ‘la causa de Francia es la causa de la humanidad’, como si Alemania, culta y científica, intelectual y material, no fuera tan alto exponente de la humanidad como aquélla.”¹³

Del florecimiento reseñado, Quesada desprendía otra premisa, fundamental para su ejercicio de la defensa de Alemania: la paz era la condición indispensable para la continuidad y la profundización del crecimiento económico y del desarrollo cultural. Por ende, concluía, la guerra le había sido impuesta al Imperio germánico por las potencias aliadas:

*“la guerra no le convenía en manera alguna y todos los esfuerzos de la diplomacia teutónica tendieron constantemente a evitarla (...) Alemania se ha visto arrastrada a la guerra por la actitud de la coalición, pues Rusia movilizó sus ejércitos cuando aun estaban pendientes las negociaciones sobre la cuestión austro-servia, y Francia suspendió conjuntamente las maniobras del suyo como acto preparatorio de su movilización: de modo que la primera se vió obligada a declarar que se consideraba en estado de guerra, para impedir ser ahogada por ambas movilizaciones”*¹⁴

Embarcada en una guerra no buscada, todas sus acciones posteriores quedaban a su juicio justificadas, incluyendo la invasión de Bélgica con la consiguiente violación de su neutralidad. Cabe aclarar que la invasión dio lugar a numerosos crímenes de guerra que sensibilizaron a la opinión pública internacional e incrementaron su adhesión a la causa aliada, de manera que no debía de resultar sencillo para Quesada argumentar en favor de este hecho.¹⁵

¹³ Ídem, pp. 42-43.

¹⁴ Ídem, pp. 7-8, 41.

¹⁵ Véase Sebastian Haffner, *Los siete pecados capitales del Imperio alemán en la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Destino, 2006. En el caso argentino, se formó el Comité Argentino Pro Huérfanos Belgas, que desarrolló numerosas actividades a beneficio de la causa de las víctimas civiles belgas (“La guerra”, en *La Prensa*, 29/03/1917).

A diferencia de la argumentación de los partidarios de los Aliados, que veían en la Gran Guerra el enfrentamiento de principios ideológicos antagónicos, Quesada la reducía a motivaciones puramente económicas y geopolíticas:

*“Inglaterra veía lógicamente con mal ojo el constante avance alemán en el comercio internacional y cómo las industrias y los negociantes germánicos iban conquistando poco a poco los mercados mundiales, y desalojándola de una prepotencia secular (...) Francia siempre soñaba con el desquite por la guerra de 1870-71 (...) Rusia jamás abandonó su sueño de adueñarse de Constantinopla y ejercer el protectorado sobre las naciones eslavas balcánicas: Alemania con su apoyo a Turquía, le cerraba constantemente el paso”*¹⁶

En otro trabajo posterior, desarrolló la cuestión del avance comercial de Alemania en el mercado mundial, su flexibilidad para adaptarse a las demandas locales y el consiguiente riesgo para Inglaterra de perder su hegemonía en la materia. El objetivo de esa reseña era refutar las versiones – por entonces no demasiado ventiladas en la prensa argentina – que le atribuían a Alemania pretensiones expansionistas en Sudamérica, especialmente en Brasil, Argentina y Chile, a partir de sus colonias de residentes. Frente a esos rumores, propalados por la propaganda aliada merced a su monopolio de las comunicaciones y, consecuentemente, de la información, Quesada remarcaba el interés puramente comercial de Alemania en el continente, que contrastaba con las ambiciones políticas de Estados Unidos:

“De los tres grandes rivales que se disputan los mercados latino americanos solo, pues, los Estados Unidos adelantan propósitos políticos, no en el sentido de conquista territorial, sino en el de una especie de tutela innominada o de alto protectorado diplomático: ni

¹⁶ Quesada, *La actual civilización germánica...*, op. cit., pp. 6-7.

*Inglaterra ni Alemania quieren desempeñar un papel de ese género*¹⁷

Aquí Quesada ponía de manifiesto un fuerte sentimiento antinorteamericano, común en las elites particularmente tras la guerra hispano – norteamericana de 1898, que culminó en la independencia de Cuba y que dio nuevos bríos al hispanismo en tanto mecanismo de neutralización del imperialismo norteamericano.¹⁸ Indudablemente, este arraigado antinorteamericanismo iba a hallar un eco más amplio en la coyuntura de 1917, cuando las pretensiones de liderazgo de Estados Unidos sobre la política exterior latinoamericana chocaran con la aspiración del gobierno radical a mantener la autonomía decisoria. Yrigoyen de hecho no se limitó a sostener la neutralidad argentina sino que pretendió infructuosamente organizar a los países latinoamericanos tras una estrategia común frente a la guerra a través de una fallida Conferencia de Neutrales que significara una alternativa al panamericanismo postulado desde Washington.

Tras negar la existencia de intereses políticos alemanes en Latinoamérica, Quesada remarcó en cambio no sólo las veleidades norteamericanas acerca del dominio del continente sino también las de las potencias aliadas hacia las que se volcaba el grueso de la opinión pública argentina:

“Alemania jamás ha pretendido desempeñar papel político en América: en cambio, Inglaterra se ha posesionado, durante el siglo XIX, de diversos territorios americanos, como, p. e., en lo que hoy es Honduras británica, en las islas Malvinas, etc., trató vanamente de conquistar a la misma Argentina en 1806 y 1807, y ha ejercido presión diplomática y militar en diversos estados latino-americanos; Francia, con la tentativa del imperio de Maximiliano, intentó la conquista de México, entre ambas – Francia e Inglaterra – trajeron varias intervenciones armadas al Río de la Plata, en la época de Rosas; los Estados Unidos, en sus sucesivos avances

¹⁷ Ernesto Quesada, *El “peligro alemán” en Sud América*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de Selin Suárez, 1915, p. 32. Originalmente este escrito se había publicado en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*.

¹⁸ Terán, op. cit., p. 207.

*sobre México, le han arrebatado California, Texas, y han recibido a Puerto Rico como despojo de una guerra, ejerciendo el protectorado sobre Cuba y Panamá.”*¹⁹

El reclamo de neutralidad que efectuaba Quesada – no ya el de alineamiento con Alemania, que encontraría sin duda mayores resistencias – apuntaba a quebrar las solidaridades con los países aliados enfatizando el choque de intereses entre éstos y las naciones latinoamericanas. Pero también fundaba su reclamo en la conveniencia de salvaguardar los vínculos comerciales con todos los países beligerantes.²⁰ Éste sería precisamente el *leit-motiv* del Comité por la Libertad del Comercio, integrado por otro Quesada (Julio), constituido como comisión auxiliar de la Liga, que afirmó en su manifiesto fundacional que “*la República Argentina no debe embarcarse en una aventura internacional o por mejor decir entrar por simple simpatía a favor de uno de los dos grandes grupos de beligerantes de la tragedia europea*” y que “*el país necesita trabajar, debe abastecer al mundo, si es posible, con la tranquilidad de la paz y la libertad de comercio*”.²¹

Ernesto Quesada no solía officiar de orador en los actos de la Liga.²² Por lo general, el rol principal en ellos le cabía al poeta y periodista Belisario Roldán,²³ que con su proverbial maestría en la oratoria difundía en un estilo más accesible los temas tratados por aquél en sus escritos: el antiimperialismo, la preservación de los intereses comerciales nacionales y, vinculado con el primero, el hispanismo. En efecto, fue corriente que la Liga organizara manifestaciones públicas en homenaje a España, a quien reivindicaba en este contexto por su adopción de una posición neutral frente a la

¹⁹ Quesada, *El “peligro alemán” ...*, op. cit., p. 53.

²⁰ Ídem, pp. 71-72.

²¹ “Asuntos internacionales”, en *La Prensa*, 30/09/1917.

²² Tras señalar la extensión del discurso de Alfredo Colmo en un acto de la Liga celebrado en el Teatro Coliseo, *La Mañana* ironizó: “*los que juzgaron que el doctor Colmo había llegado a su propio apellido en el cultivo de la lata internacional, sufrieron un chasco. Inmediatamente, el doctor Vergara Biedma habló diez veces más. ¡Qué habría sido aquello si luego toma la palabra el doctor Ernesto Quesada, cuya presencia en el teatro miraban con horror los desganados espectadores!*” (“Un sainete solemne”, en *La Mañana*, 21/07/1917). Acerca de la trayectoria política e ideológica de este periódico, remito a mi *Viento de Fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2004.

²³ Para un bosquejo de la obra y la personalidad de Roldán, véase Osvaldo Gallone, *Belisario Roldán. El estilo de una voz*, Buenos Aires, Círculo de Legisladores de la Nación Argentina, 1999.

guerra y a quien por ende colocaba en el sitio de paradigma a emular. Roldán sostuvo precisamente que involucrar al país en la guerra era “*una aventura quijotesca que la propia patria del Quijote ha sabido eludir hasta la fecha*”, a la vez que añadió al debate una consideración minimizadora del peso internacional de la Argentina:

*“La República Argentina necesita, desde luego, evitar el ridículo. Un país de la América española que se declarase en estos momentos en estado de guerra con los imperios centrales o con los aliados, se habría caído de bruces en el campo de la opereta. La neutralidad, con ser un sinónimo de abstención, nos queda grande. Ni aún eso podemos ser: somos menos que neutrales, mal que nos pese. No somos, no podemos ser sino espectadores pasivos de la gran tragedia.”*²⁴

Los rupturistas

La actividad de los partidarios de los Aliados, que reclamaban al gobierno argentino la ruptura de relaciones diplomáticas con el Imperio Alemán, adquirió mayor intensidad a partir de septiembre de 1917, si bien había surgido durante los episodios de febrero. La intensificación de las manifestaciones de este signo estuvo asociada a la difusión efectuada por los Estados Unidos – embarcados en su campaña de presiones sobre el gobierno argentino - del texto de varios telegramas dirigidos al *káiser* por el conde de Luxburg, ministro alemán en la Argentina, en los que se refería en términos agraviantes a las personas del presidente Yrigoyen y de Honorio Pueyrredón, ministro de Relaciones Exteriores, y en los que recomendaba a las autoridades alemanas proceder en el futuro a hundir los buques de bandera argentina “*sin dejar rastros*”. Otro punto aun más controvertido fue la alusión del ministro alemán a la promesa verbal de Yrigoyen de que las naves argentinas no se aventurarían en adelante dentro del área de exclusión establecida por Alemania, con lo cual si bien el gobierno no había puesto su

²⁴ “En favor de la neutralidad”, en *La Prensa*, 25/04/1917.

firma a ningún documento, se había comprometido de palabra a ajustarse a sus condiciones.²⁵

En esta coyuntura álgida hizo su aparición el Comité Nacional de la Juventud, que jugó dentro del campo rupturista el mismo papel que la Liga en el neutralista y que, como ésta, recogió la solidaridad de variadas organizaciones sociales partidarias de los Aliados, extendidas a lo largo del país. Esta agrupación contó con una muy buena inserción en el ámbito estudiantil, en el comercial y en el mundo de la cultura, y se benefició del abrumador respaldo de la prensa periódica. Procuró ampliar su llegada a la sociedad a través de la organización de una red de subcomités en todas las circunscripciones de la ciudad, en las principales ciudades del interior y en las diversas facultades de las universidades de Buenos Aires, La Plata y Córdoba, compitiendo palmo a palmo con la Liga por la influencia sobre la opinión pública.

En su comité ejecutivo se contaron Ricardo Güiraldes, Carlos Alberto Leumann, Pedro Miguel Obligado, Ramón Columba, Alfonso de Laferrère, Alfredo González Garaño, Luis Dellepiane (h.), Alberto Gerchunoff, Gregorio López Naguil y Álvaro Melián Lafinur.²⁶ La heterogeneidad interna del Comité no fue tan marcada como en la Liga. Aunque convivieron en su seno nacionalistas tan distintos como Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones, cuyos derroteros difícilmente volverían a encontrarse en el futuro, se pueden distinguir entre sus principales intelectuales diferencias de matices en el tono y en el contenido de sus discursos, que de todos modos distaban de la pluralidad de motivaciones que podían encontrarse en la Liga. Un ejemplo de dichos matices lo ofrecen Ricardo Rojas y Alberto Gerchunoff.

Docente de las universidades de La Plata y de Buenos Aires, el poeta Ricardo Rojas fue uno de los líderes indiscutidos del campo rupturista y orador por excelencia de sus manifestaciones masivas. Por sus floridas arengas desfilaban los tópicos característicos del discurso aliadófilo: la interpretación de la guerra como un enfrentamiento cultural y moral y no como una simple colisión de intereses materiales, la identificación de las potencias aliadas con la civilización y la libertad (posible por la lectura en clave democrática de la revolución rusa, que desdibujaba la contradicción señalada con anterioridad por Quesada) y de Alemania con la barbarie y el despotismo,

²⁵ Ricardo Weinmann, *Argentina en la Primera Guerra Mundial: neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos, 1994, pp. 129-130.

²⁶ “La juventud y el presidente de la nación”, en *La Mañana*, 02/10/1917.

el anclaje del combate aliadófilo en la tradición independentista y liberal nacional, la vinculación ancestral del país con los Aliados por la confluencia de lazos diversos:

*“en nuestro ideal sobre la guerra, coinciden contra Alemania el pasado, el presente y el porvenir de nuestra patria: el pasado con las fuentes de nuestra raza y nuestra cultura de orígenes latinos; el presente con sus intereses políticos y económicos vinculados a todos los pueblos de la alianza; el porvenir con sus ideales de justicia, o sea la causa de las nacionalidades, de las democracias, de las libertades civiles (...) Esa es la misma causa que fue númen creador de la argentinidad, en los días gestáneos de nuestra independencia”*²⁷

En consonancia con esa inserción de la Argentina en el bando de los Aliados, Rojas – al igual que el conjunto del campo aliadófilo, incluyendo al Lugones de *Mi beligerancia* - reivindicaba también a los Estados Unidos, tomando distancia del antinorteamericanismo hasta entonces dominante en el horizonte ideológico liberal, del que Quesada fuera un neto exponente.²⁸ La causa de la libertad era

*“la misma que acaban de inscribir en sus banderas de guerra la Francia de los derechos del hombre, la Inglaterra de la Carta Magna, la Rusia de la revolución antizarista, la Italia del papado vencido, el Portugal de los Braganzas derrocados, la Unión Americana de la constitución federal.”*²⁹

Por otra parte, si hasta 1917 era posible para los ciudadanos argentinos el sostenimiento de la neutralidad ante una guerra que para muchos parecía distante, a partir de entonces resultaba una postura inadmisibile:

²⁷ Ricardo Rojas, “La hora del destino”, en *La guerra de las naciones*, Buenos Aires, La Facultad, 1924, pp. 25-26.

²⁸ Al iniciarse el armisticio, el Comité le envió al presidente norteamericano Woodrow Wilson un telegrama de congratulación que rezaba “*El Comité Nacional de la Juventud, interpretando la opinión argentina que sustenta los ideales democráticos encarnados en esta hora por el señor presidente, celebra como una fecha histórica para el mundo el día de la libertad. En fe de ello, este Comité y los ciudadanos que subscriben se honran en saludar al señor presidente*” (“Telegrama a Wilson”, en *La Mañana*, 10/10/1918).

²⁹ Rojas, “La hora del destino”, art. cit., p. 26.

*“no se trata ya de optar entre los aliados de Francia y los aliados de Alemania. La guerra submarina nos transformó de espectadores en actores de la tragedia. Lo que antes fue emoción deportiva o polémica filosófica, se convirtió bruscamente – por voluntad de Alemania – en conflicto moral y episodio de nuestra propia historia.”*³⁰

En esa hora de la historia, en la que debía conformarse en la Argentina la “*unión sagrada*” verificada en las naciones beligerantes, la persistencia en la neutralidad enmascaraba en realidad una profesión de fe germanófila, imposible de ser reconocida abiertamente en la coyuntura abierta por la guerra submarina:

*“Ya no quedan en la Argentina más germanófilos que los súbditos del kaiser, como es natural; pues los argentinos que lo eran, han resuelto hacerse neutrales... ¡Denuncio, señores, que la neutralidad es hoy la forma encubierta del germanismo! Siendo imposible ya la defensa honorable del militarismo teutón, se osa proponer la abstención resignada”*³¹

A medida que la guerra avanzaba y que el gobierno argentino mantenía sin modificaciones su política exterior, Rojas comenzó a exteriorizar su oposición a la actitud presidencial, apelando para ello a la voluntad popular de la que había surgido el líder radical y a la que debería fidelidad, puesto que “*en la política exterior, los gobiernos han menester, más que nunca, obedecer el voto explícito de la voluntad nacional*” expresada en las calles, en el Congreso y en la prensa.³²

Las críticas mesuradas de Rojas a la actitud oficial³³ contrastaban, en cambio, con las demoledoras apreciaciones del escritor y periodista Alberto Gerchunoff, dando cuenta de los matices existentes en el campo rupturista apuntados más arriba. Fiel a su militancia antiyrigoyenista,³⁴ Gerchunoff exhibía en su discurso un tono virulento y

³⁰ Rojas, “La voz del atalaya”, en *op. cit.*, p. 38.

³¹ Rojas, “La hora del destino”, art. cit., p. 21.

³² Ídem, p. 25.

³³ Ricardo Rojas, “Manifiesto del armisticio”, en *op. cit.*, pp. 249-253.

³⁴ Acerca de esta cuestión, véase María Inés Tato, “Los ángeles redentores: el radicalismo bajo la lente crítica de Alberto Gerchunoff”, en *Hispanamérica. Revista de Literatura* n° 103, 2006.

exaltado que explícitamente incluía al presidente Yrigoyen en el campo germanófilo y que incluso clamaba por su renuncia:

*“El conflicto internacional ha perfilado al presidente bajo un aspecto demasiado neto. El señor Irigoyen es germanófilo. Hace en la Argentina la política de los alemanes y les sirve constantemente con una docilidad de hombre sumiso. (...) El señor Irigoyen se opone, en rara coincidencia con los militantes del germanismo, a la voluntad popular, persistiendo en una neutralidad equívoca. (...) Si el señor Irigoyen cree que la conducta argentina debe ser favorable a los bárbaros que han desolado la Bélgica y han creado la doctrina de hundir nuestros barcos sin dejar rastros, si el señor Irigoyen piensa que las cámaras y el país no tienen razón, debe abandonar la presidencia”*³⁵

Anticipando una identificación establecida corrientemente por el frente antifascista durante la Segunda Guerra Mundial pero bastante inusual en el transcurso de la Primera, el autor de *Los gauchos judíos* hallaba en el común autoritarismo de Yrigoyen y del káiser la explicación de la esencia de su política exterior: “*ve en lo alemán el triunfo del despotismo y de la fuerza que es, en el fondo, el concepto larvado de su política personal, o sea la inmoralidad del sistema despótico.*”³⁶ La voluntad popular no se hallaba representada por Yrigoyen, que en cambio respondía al “*núcleo demasiado pequeño*” de los partidarios de Alemania, integrado por

*“médicos, contagiados por la moda de la ciencia alemana
(...) en virtud de su admiración profesional por la*

³⁵ Alberto Gerchunoff, “La moral del Sr. Irigoyen”, en *El nuevo régimen*, Buenos Aires, Otero y García, 1918, pp. 53-54.

³⁶ Ídem, p. 55. El diario *La Mañana*, en el que se desempeñaba Gerchunoff, reiteró este paralelismo: “*El viejo mundo nos amenaza con el despotismo teutónico. (...) también nos amenaza aquí, en la heredad solariega, otro despotismo de consecuencias más graves y de efectos más inmediatos: el despotismo de las multitudes constituidas en comités políticos de salud pública, decididas a ahogar en sangre la libertad. (...) El primero lo ejerce el kaiser; el segundo, el presidente argentino. Por una fatalidad de la suerte, la república se encuentra, así, abocada a una doble contingencia igualmente grave e intolerable: la dictadura exterior y violenta de Guillermo de Alemania que pretende arrollar la democracia del mundo, y la dictadura interna y mansa de Hipólito Irigoyen en trance de avasallar la democracia argentina.*” (“Patria y política”, en *La Mañana*, 26/4/1917).

droguería teutónica y por la abundancia de los artículos ortopédicos de aquella fabricación (...) un clericalismo estricto, en franco maridage con los socialistas internacionales (...) prusianos por temperamento, por convicción filosófica y política”³⁷

“algunos densos profesores, culturizados en Berlín, y algunos militares que admiran en el desbordamiento teutónico la exaltación de su oficio.”³⁸

La diferenciación apuntada por Rojas y Gerchunoff entre gobierno y opinión pública tuvo como expresión más cabal la convocatoria de una asamblea de notables efectuada por el Comité, a fin de debatir la situación internacional y pronunciarse acerca de la actitud que debería asumir el país frente a la guerra. Los “notables” fueron reclutados en diferentes actividades del quehacer local, que para el Comité representaban a las “*fuerzas vivas*” de la nación.³⁹ Tácitamente estaba en tela de juicio la representatividad del gobierno radical, aunque acotada a la gestión de las relaciones internacionales, que resultó condenada por la convención.⁴⁰

³⁷ “La diplomacia del Sr. Irigoyen”, en *El nuevo régimen*, *op. cit.*, pp. 76-77.

³⁸ Alberto Gerchunoff, “La actitud argentina”, en *La Mañana*, 23/04/1917. Es bastante clara la referencia a Ernesto Quesada, sobre el que solía ironizarse en función de la extensión y del carácter barroco de sus obras.

³⁹ Formaban parte de la asamblea hombres de negocios como Miguel Padilla, Enrique Uriburu, Juan Mignaqui, Carlos Diehl, José A. Doderó y José A. Frías; hacendados como Manuel Güiraldes; políticos como el gobernador santiagueño Antenor Álvarez, los ex gobernadores bonaerenses Eduardo Arana y Luis García, los ex gobernadores de Corrientes Juan Balestra y Juan Vidal Molina; el gobernador de Tucumán, Ernesto Padilla, los ex ministros Felipe Yofré, Valentín Virasoro, José María Rosa, Miguel Tedín, Ezequiel Ramos Mejía, Enrique S. Pérez, Damián Torino, Adolfo F. Orma, Enrique Carbó, Adolfo Mujica, Tomás Cullen, Eleodoro Lobos; Ramón J. Cárcano, Rafael Núñez, Federico Pinedo, Benito Villanueva, Ponciano Vivanco, Francisco Oliver, Antonio Lanusse, José Miguel Olmedo, Alfredo Palacios, Pedro C. Molina, Juan B. Terán, Ricardo J. Aldao, Francisco Barroetaveña, Julio A. Roca, Dardo Rocha, Francisco Beazley, Eliseo Cantón, Francisco Correa, Julio Costa e Ignacio Irigoyen; hombres de ciencia como Nicolás Besio Moreno, Carlos Ameghino, Antonio F. Piñero, Luis Güemes, Francisco P. Lavalle, Carlos Malbrán, Eduardo L. Holmberg, Pedro N. Arata, Juan Antonio Argerich, Enrique Bazterrica, Santiago Brian y Francisco A. Sicardi; militares como Auroro Balza, José Ignacio Garmendia, Joaquín Montaña y el coronel Rostaño; diplomáticos como Carlos A. Becú y Ernesto Bosch; economistas como Enrique Berduc y Eduardo Zenavilla; juristas como Juan Carlos Rébora, Juan Bibiloni, Diego Saavedra, Julio Deheza, Carlos Dimet y Manuel Gonnet; periodistas como Francisco Uriburu, director de *La Mañana*, y el mendocino Adolfo Calle, fundador del diario *Los Andes*; Guillermo Correa y Manuel Gorostiaga; hombres de letras como Enrique Rodríguez Larreta, Ricardo Rojas, Joaquín V. González, Antonio Dellepiane, Leopoldo Lugones y Rodolfo Rivarola; Juan José Díaz Arana, presidente del Museo Social Argentino; el meteorólogo Martín Gil; educadores como Leopoldo Herrera, Rodolfo Senet y Osvaldo Magnasco; Alberto V. López, pintor, hijo de Vicente Fidel López (“El momento internacional. La convención de notables”, en *La Mañana*, 28/11/1917).

⁴⁰ “El voto de la convención”, en *La Mañana*, 18/12/1917.

Hasta el final del conflicto, tanto el Comité como la Liga continuaron organizando mítines multitudinarios, que hicieron de las calles y de las plazas de Buenos Aires y de las principales ciudades del interior el escenario por excelencia de la lucha por la conquista de la opinión pública.

Algunos integrantes del Comité desplegaron, una vez finalizada la guerra, diversos trabajos encaminados a darle a esa entidad carácter permanente con el objetivo declarado de “*propender a que la República Argentina ocupe la posición internacional que le corresponde por su historia, su tradición, su presente y su posición geográfica.*”⁴¹ Entre los propósitos declarados para esa nueva etapa de sus actividades figuraban el alineamiento con los principios sostenidos por Wilson, la participación del país en la Liga de las Naciones y la intervención del Congreso en el manejo de las relaciones exteriores.⁴² Ricardo Rojas, por su parte, auspició su transformación en un partido político independiente de las fuerzas partidarias existentes, que encarnara el ideal juvenilista que lo animó durante el fragor de la guerra.⁴³ Sin embargo, las disensiones internas frustraron ambas iniciativas, por lo que el Comité fue languideciendo a lo largo de la década de 1920, mermadas sus filas y convertido a menudo en furgón de cola de las agrupaciones antiyrigoyenistas.⁴⁴

Consideraciones finales

En el marco del debate y de la participación política alentados por la primera experiencia democrática, el comienzo y los avatares de la Primera Guerra Mundial desencadenaron un notable activismo social, plasmado en un extendido asociacionismo, especialmente a partir de 1917, cuando la política internacional y la doméstica se entrelazaron decisivamente.

Esa coyuntura en particular suscitó una creciente polarización política e ideológica de la sociedad, escindida entre los autodenominados “aliadófilos” y los

⁴¹ “La situación internacional. Movimiento de opinión”, en *La Mañana*, 20/10/1918.

⁴² “Comité Nacional de la Juventud”, en *La Mañana*, 06/11/18 y 12/11/1918.

⁴³ El plan de acción política del Comité fue expuesto por Rojas en “Profesión de fe de la nueva generación”, en *op. cit.*

⁴⁴ En las elecciones porteñas de 1920 el remanente del Comité respaldó la fórmula del Partido Demócrata Progresista y en 1928 al Frente Único que auspició la fórmula de la Unión Cívica Radical Antipersonalista (“Comité Nacional de la Juventud. Apoyará la lista demócrata” y “Comité Nacional de la Juventud”, en *La Fronda*, 21/02/1920 y 03/12/1927, respectivamente).

sindicados por éstos como “germanófilos”, que acometieron combates cotidianos por ganar influencia sobre la opinión pública. Cada una de estas parcialidades encerró una definición excluyente de la “argentinidad” y de los deberes cívicos concomitantes que implicaba presupuestos normativos diferentes acerca de las relaciones de la Argentina con Europa y con los Estados Unidos, poniendo de manifiesto la centralidad del nacionalismo en el marco de la contienda.

Las actividades desarrolladas por los neutralistas y por los rupturistas, al principio inorgánicas y más o menos espontáneas, tendieron a ser encauzadas y centralizadas con éxito variable por dos entidades de alcance nacional, la Liga Patriótica Argentina pro Neutralidad y el Comité Nacional de la Juventud, respectivamente. La primera de ellas mostró una heterogeneidad ideológica mayor que la segunda, debido a la multiplicidad de motivaciones que guiaban la adhesión de sus miembros, unidos en torno de una estrategia común pero diferenciados en sus móviles; el Comité manifestaba en cambio sólo una cierta gradación de los tonos del discurso propalado por sus principales portavoces, como se desprende de la evaluación crítica de Rojas y de Gerchunoff respecto de la política del oficialismo radical.

Aun cuando ni la Liga ni el Comité pueden ser caracterizados como empresas exclusivas *de* los intelectuales, dada la confluencia en ambos de numerosas redes de sociabilidad que atravesaban transversalmente a la sociedad, aquéllos desempeñaron en su seno un rol crucial a la hora de officiar de guías y orientadores de ésta, de articular un diagnóstico y una propuesta frente a la encrucijada que la situación internacional planteaba a la Argentina y de traducirlos a un lenguaje capaz de contribuir a la movilización social con vistas a incidir sobre la acción del Estado. Amén de evidenciar la polarización del campo intelectual, ambas entidades lograron una cristalización temporal de las solidaridades ideológicas que alcanzó una vasta proyección social y que bosquejó una agenda que, nutrida con nuevos componentes políticos e ideológicos, se renovarían durante la Segunda Guerra Mundial.

María Inés Tato